
La catástrofe urbana*

Franck Böckelmann

Humaredas y silencio sobre la ciudad, entremezclados con el llanto de las sirenas y las descargas de los francotiradores. Abandono y pillaje, colapso circulatorio. La radio trasmite patéticos llamamientos y en las esquinas de las calles la gente se agita en febriles disputas sobre conjuras y reservas de víveres...

En la inflamación crónica, en la fiebre aguda que padecen las aglomeraciones urbanas, participan dos escenificaciones incompatibles entre sí. Una de ellas luce unas marcas distintivas que rezan CATÁSTROFE y CAOS: trata de la *vulnerabilidad* de unas tecnologías y de unos organismos administrativos extremadamente complejos frente a imprevisibles actos de sabotaje y excesos de carga (la seguridad total no existe); administra la *escasez* de energía, de trabajo, dinero, naturaleza y vida, y da fe de una obra milenaria de consumo ahorrativo y labor policial acumuladora de datos.

La otra escenificación no lleva nombre alguno. Es una cadena de palabras intranscriptibles. Cubre de guerra los muros y se torna invisible cuando se la proyecta en pantallas fotográficas; convierte lo cercano en una mancha blanca en el plano de la ciudad; hace irrumpir la noche en el mediodía y abre una puerta trasera que da a la Edad de piedra, a un tiempo que refluye hacia sí mismo. No reivindica derechos civiles ni valores de uso urbanos. No ofrece ninguna resistencia capaz de constituir mayorías («aprender de las masas»), sino que barrena el dorso vacío de la ciudad y anida en zonas más allá de los límites de lo perceptible («aprender de las ratas»).

Es esta segunda escenificación la que me gustaría tomar como punto de partida de las siguientes reflexiones, que se basan en el hecho de que la megalópolis, con su perfeccionada circulación de signos, *es el fin de lo social, la disolución de aquella seguridad que garantizaban antaño los vínculos sociales.*

Esa forma que se vacía a una velocidad vertiginosa —y que, sin embargo, nunca puede llegar a ser *forma vacía*—, está haciendo guiños a la CATÁSTROFE. Ella

* *Die urbane Katastrophe*, traducción de Luis Andrés Bredlow.

misma traza en los muros el nefasto presagio de su ocaso, la réplica dramatizada de la descomposición urbana. Es obvio que en esa narración, en esa versión escénica, el derrumbe es tratado como si fuese una irrupción de la barbarie, que está siempre al acecho, en un orden público desesperadamente defendido.

Pero si queremos ver la CATÁSTROFE desde el otro lado, debemos tener en cuenta que *aquella pérdida* que las diversas visiones acerca de ella tratan de conjurar, *ya se ha producido*. La mostrará, por tanto, como un agujero, como el fondo oscuro en medio de la sociedad desocializada, un vacío en medio de un vaciamiento que no llega nunca a término. Un acontecimiento que quita la pantalla de proyección a las sombrías visiones de la policía, de los bomberos, los asistentes sociales y los políticos municipales.

La relación entre la vida urbana auto-devoradora y auto-asfixiante (la llamada «crisis de las ciudades») y aquel lado oscuro que es la CATÁSTROFE, no es la sucesión en el tiempo, ni es una relación dialéctica, ni una opción entre posibilidades a escoger, ni un ciclo de enajenación y retorno. Desde la máquina circulatoria de Manhattan, el viajero puede adentrarse en unas repentinas esclusas espacio-temporales que lo transportan a los territorios de las tribus del Bronx y de Brooklyn.

Pero la anti-ciudad y la no-ciudad no se amenazan la una a la otra, ni se dirigen la palabra. En la tierra de nadie, la circulación reguladora no tiene funciones urbanas que conectar (vaciar), y se ha quedado estancada; en la *city*, donde el florecimiento y el colapso son una y la misma cosa, la descomposición y la saturación de significaciones se entremezclan sin cesar.

LUGARIZACIÓN

Acosadas por la quejosa jauría de los autores de diagnósticos, las grandes ciudades padecen la tisis: hablan cada vez menos de sí mismas y cada vez más de las indiferentes funciones circulatorias que cumplen. El ritmo al que se acelere su evaporación dependerá de la velocidad circulatoria de lo urbano: velocidad con que se anquilosan las nuevas arterias de circulación, envejecen los temas de interés público, salen a la palestra nuevas generaciones para el intercambio de impresiones, se lavan las ganancias de fusiones y especulaciones, se reconstruye la ciudad a semejanza de su imagen reflejada en el espejo.

Pero mientras el vértigo de la demacración no para jamás, los pasantes-pasajes se consumen en el anhelo de llegar a estar vacíos, de dejar de seguir repitiendo maquinalmente sus palabras, perdiendo el control de una vez. Pero eso no llega. Y esa tortura es la que convierte los lugares urbanos y los caminos que los conectan en cunas del pánico.

La ciudad se compone de zonas unificionales rigurosamente delimitadas; y entre las zonas-dormitorio familiares y aquellas asignadas al consumo, a la administración, al recreo y al manejo de los medios de producción, no hay manera de establecer alguna

conexión más que mediante un crecimiento continuo de los volúmenes de circulación y la movilidad permanentemente acrecentada de las masas.

En las «zonas mixtas» se van formando nuevas funciones adicionales. Cada zona se amolda a las exigencias de la minimización de distancias. Las medidas dirigidas a facilitar la circulación y a sanear sus puntos débiles refuerzan el rendimiento de las grandes zonas neutrales, y como atraen en seguida un mayor volumen de circulación, estimulan la congestión al mismo tiempo que la descongestión.

En los medios de transporte, individuales o de masas, los habitantes de la ciudad atraviesan un tiempo muerto y permanecen en un mismo sitio consumido por la velocidad voraz. La espera no es más que un utensilio auxiliar. Al mismo tiempo (por lo menos en el caso del conductor que conduce su propio vehículo), el movimiento es un fin en sí mismo, cargado de sofisticadas significaciones que le asigna la jerarquía social. Entre estos dos polos se agota y se renueva el esfuerzo motor del tráfico motorizado.

El elevado valor que se atribuye al movimiento vacío del conductor es aceptado como ejemplificación de un mundo vaciado de sentido; la gente insiste en que la circulación es producida en los puntos de partida y de llegada, y en que el trayecto cobra su carácter específico gracias a la peculiar plenitud de la entrada y la salida.

Basándose en los cálculos de la «producción futura de tráfico por hectárea» (según el carácter y la densidad respectivas de los edificios), la planificación urbana cumple las dos funciones a la vez: reafirma la convicción según la cual la circulación no se produce a sí misma y, fijando volúmenes vaciados, degrada los edificios a mera escenografía de las congestiones de tráfico dramatizadas.

Los mandamientos y las prohibiciones que emanan de las normas de tráfico, los avisos y las recomendaciones que trasmite la supervisión aérea acoplada a las autorradios, la habilidad que cada uno haya adquirido en el dominio de las técnicas de evitar accidentes, todo esto regula el sentido y la velocidad del movimiento, la estructuración del tiempo, las posturas de los cuerpos, las maneras de moverse y la trayectoria que recorre la mirada del conductor.

Del mismo modo, las características de las plazas, las calles y las fachadas regulan la circulación de los transeúntes motorizados o a pie. Los estimulan a demorar o a seguir circulando; favorecen un ángulo medio determinado en la dirección de las miradas; establecen una configuración urbana de los límites de la percepción, y redistribuyen la suma total de las atenciones que les prestan las personas errantes, con las mentes fijadas en el lugar de destino.

Los transeúntes, paseantes y telespectadores forman poblaciones *ad hoc* en estado gaseoso, líquido o sólido, según las respectivas formas de su accesibilidad y el magnetismo de los escaparates. Estamos ante el preludio a una bio-política global, pero ésta ya es, al mismo tiempo, el epílogo a una regulación de la pobla-

ción: una política urbana descentralizada, basada en lo instantáneo, la simultaneidad y un espacio ubicuo en donde el individuo interrogable, el ciudadano responsable de sus reacciones y sus necesidades, se tambalea de resurrección en resurrección.

En el tráfico urbano la observancia de las reglas es más importante que la conservación de lo regulado. El conductor nace en el campo energético de la velocidad urbana que somete su aptitud para cumplir con su tarea a una prueba permanente. La potencia de la máquina constituye para el conductor un reto permanente: jamás está realmente a la altura de sus exigencias. La única prueba inequívoca de su contacto con la realidad es el accidente: sólo en el momento del choque la distancia imprevisible entre su capacidad de reacción y la máquina-velocidad (de la cual el vehículo forma parte) se convierte en algo palpable.

La lotería del tráfico urbano no sorteja sino perdedores. Pero el choque trae el anhelado alivio: más que nada, el conductor puede disfrutar de la certeza de haber dominado la situación, la certeza de que el azar dirigido es realmente capaz de revocar las distancias entre aquellos lugares tan cercanos los unos a los otros y que sin embargo no paran de retroceder ante su presencia móvil.

Puesto que el habitante contemporáneo de la metrópolis desea estar en todas partes a la vez y tiene que reaccionar con mayor rapidez que sus antepasados, el coche es la vivienda adecuada para él, y la carrocería móvil su segunda o tercera piel. Con el coche llega a lugares cuyo interés, en cuanto destinos del viaje, radica en su accesibilidad, atraviesa un espacio que se reduce a las dimensiones de su asiento y se dilata hasta el más allá de todos los lugares; y finalmente vuelve a casa, o sea, a la velocidad máxima o media de la red de carreteras.

Nada y todo a la vez está cerca; el pasajero que baja del automóvil se encuentra sumergido en el ruido de la circulación, en los aullidos de la retumbante máquina urbana, en la ubicuidad. El vehículo que marcha al ralentí sobre sus propias huellas no recorre ninguna distancia: sólo maneja el aparato que evoca las distancias y las borra. El habitante de la metrópolis vive en alguna (en ninguna) parte; sin embargo, su lugar de residencia en la jerarquía de las zonas urbanas, los mobiliarios y las reglas de conducta, está sobrecargado de significaciones sociales.

La aceleración, el ruido y la transpiración de aquella circulación permanente que traslada sin cesar las horas de máxima afluencia de una zona a otra, ahuecan y corroen los ambientes, las imágenes orientadoras, las formas de organización urbanas (la percepción del ambiente físico), absorbiéndolas en un movimiento centrífugo y centrípeto al mismo tiempo.

La acelerada velocidad de los transbordos sociales convierte las metrópolis en vertederos de la percepción, a la vez que la percepción misma de los participantes en el tráfico a corta distancia se ve elevado a rango de deber cívico. Del

pasajero-transeúnte se espera que comunique permanentemente (en cada prueba) sus impresiones inmediatas, ya que es la invalidación de dichas impresiones de la que la circulación se nutre.

Cada lugar urbano se constituye como encrucijada de líneas de fuerza que establecen cada día, a la hora de máxima afluencia de la circulación de signos, su grado de densidad, de centralidad, exclusividad y adecuación a las exigencias de la circulación. Nadie vuelve de noche al mismo barrio del que había salido por la mañana. ¿Quiere decir esto que toda aglomeración de objetos, toda pantalla de proyección no es sino una ausencia de lugares, un no-lugar (utopía, en el sentido literal de la palabra), una pantalla vacía que hace rebotar los cuerpos y las expectativas que se le acercan?

Para los espacios y las alineaciones infinitamente intercambiables, el desvanecimiento reviste la forma de la repetición constante, una reactualización de las existencias almacenadas de rasgos distintivos. La desaparición de los lugares y los cuerpos no llega nunca a su fin: vuelve a repetirse cada vez de nuevo. La condición de «no-lugares» que se les atribuye a los puntos de destino de los viajes y de los transportes urbanos, sigue siendo un valor aproximativo, aunque muy discutido. El encanto singular de los barrios y de los afectos languidece en un mismo proceso de vaciamiento y reconstrucción, y el vertedero urbano se presenta como una aglomeración de lugares preñados de significados sociales. Y no se trata de «meras apariencias», ni de apariencias de «lo real», sino de un fingir real y constituyente de realidades.

El hecho de que la gasolina sea cada vez mas cara y escasa, mientras se ensaya su racionamiento a punta de pistola, contribuye al refinamiento de la disciplina circulatoria. Apoyándose en la creatividad de las instancias responsables del ahorro de energía, el acceso al transporte individual y la aproximación al máximo numero de revoluciones son revalorizados y perfeccionados hasta el punto de convertirse en zonas operativas de unas relaciones de control minuciosas y estrechamente ajustadas a los cuerpos.

El mecanismo regulador de la escasez se asegura su campo de intervención (equiparando un grado óptimo de vaciamiento con la noción de abundancia), y se ofrece como instrumento idóneo para el racionamiento del tiempo de vida y de las horas del día (una distribución justa y equitativa que tiene en cuenta los intereses de los habitantes de las ciudades, de los desfavorecidos, de los sexos, de los tercermundistas...).

Del mismo modo, los colapsos circulatorios –que suelen producirse a la primera hora de la mañana y por la tarde cuando cierran las oficinas– estimulan el amor al propio vehículo; y remarcando la diferencia entre el fluir y el estar parado, atestiguan la calidad de desplazamiento que se le atribuye a la circulación fluida.

La CATÁSTROFE irrumpe en la metrópolis resplandeciente y desperdiciada a

imagen y semejanza de las películas de CATÁSTROFES, pero con algunas diferencias cargadas de efecto (la sorpresa desagradable forma parte indispensable del juego). Durante las largas semanas y meses transcurridos sin acontecimientos dignos de mención, se han ido acumulando en las fuerzas de orden público las ansias de vivir alguna situación verdaderamente seria en la que poner a prueba sus capacidades; y los desesperados y rutinarios automovilistas se sienten cada vez más aguijoneados por el anhelo de una crisis depuradora.

En tales circunstancias puede ocurrir que diez veteranos decididos a todo, capitaneados por un funcionario estatal postergado en el plan de ascensos anuales, paralicen la metrópolis sin disparar un solo tiro: cortando a la hora de máxima afluencia circulatoria en algunos puntos estratégicos el suministro eléctrico, poniendo todos los semáforos en rojo y cerrando cada una de las vías de acceso a la ciudad con media docena de coches estropeados, tal vez colapsen de golpe el tráfico ferroviario y por carretera, las líneas aéreas y las comunicaciones internacionales.

Pero hay ciertas zonas marginales... Ciertos bloques de viviendas, ciertos *turfs*¹, ciertos barrios epilépticos son incapaces de seguir el compás de la creciente velocidad giratoria de la circulación urbana, cuya aceleración vertiginosa se hace sentir en los colapsos ocasionados por excesos de carga. El problema de dichas zonas radica en cierto subdesarrollo de su capacidad de respuesta instantánea.

Se anuncia el fin de la alarma. Pero en aquellas zonas que destacan en las estadísticas por un continuo descenso de las cuotas de aclaración de crímenes, la suspensión de los diversos menesteres cotidianos (fiesta engañosa de la CATÁSTROFE) no es revocada más que de manera negligente y puramente declamatoria. (Polvo de palabras por doquier, como los revoques podridos que cubren los muros de los edificios. Polvo incoloro de palabras flota en el aire humoso de las calles.)

Con el transcurso de los años, los arrendamientos de los pisos continúan siendo pasajeros, los nombres olvidados, los homicidios accidentales. Vencidas, alejadas del recorrido de las patrullas, las zonas atrasadas se escurren en una mutación del tiempo, como un vagón del metro que ha quedado parado en un túnel, repleto de pasajeros que se olvidan de bajar.

El conductor ha dejado su vehículo, aparcado para siempre en una calle de asfalto salpicado de baches y hace años sin remendar. Sus pasos melancólicos y perseguidos caen en un remolino de descompresión. Sus sentidos empiezan a orientarse hacia dentro, hacia atrás, hacia un silencio de cuarentena, y se pierden en los barrios «límitrofes».

Aquel mutismo no es el silencio de la interrupción y del oscurecimiento repentinos. Pero es algo parecido. El panorama que se abre ante sus ojos sobre el puente derri-

¹ *Turf*, en argot norteamericano, es el barrio considerado por una banda de la calle como su propio territorio, que debe defender de otras bandas (N. T.).

bado y un par de turismos volcados como por una mano de gigante, abandonados y con las inermes ruedas erigidas hacia el cielo, despierta una sensación de lo alejado de ese lugar, refugio en el que cada paso lleva al vacío, a lo desconocido.

CALVEROS

A través de la reserva urbana se mueven manchas en cuyo ámbito de acción los lazos entre las cosas y sus propietarios aflojan. Aquel que quisiera redactar un informe sobre la vida privada en Nueva York, París, Francfort, Tokyo, Roma, Londres o Los Ángeles, debería dar cuenta de los movimientos y la virulencia de esas manchas, de su extensión, sus decrecimientos y su distribución sobre los espacios abiertos y edificados.

Sus repentinas apariciones y los perezosos movimientos con que se esconden en los patios interiores de barrios destartados no obedecen a ninguna ley de la criminología ni de la psicogeografía. Ninguna radio policial sería capaz de registrar con suficiente velocidad los dibujos siempre cambiantes de una alfombra de manchas urbanas.

Si suponemos que las posesiones de los moradores de la metrópolis, posesiones que éstos exhiben o llevan encima, están salpicadas de signos que asignan a sus portadores un determinado rango social, será concebible imaginarnos unas circunstancias en las cuales la visibilidad y el brillo mutuamente reflejado de las referidas etiquetas se verían disminuidos: alumbrado deficiente, la ambigüedad de la función del sitio en cuestión para los transeúntes, un elevado grado de erosión de las calles y los edificios, la ausencia de señales olfatorias distintivas como aquellas que suelen emanar de la homogeneidad de la muchedumbre, o una densidad circulatoria exigua o excesiva. Entonces lo Propio no será más que la asignación.

«Pasa en plena luz del día, ante la puerta de la casa, delante de los escaparates, y hasta en calles concurridísimas. Pasa en cualquier momento y en todas partes». Una vez entrados en el radio de acción de las manchas, los objetos se vuelven líquidos y grises y se desprenden de la circulación utilitaria. Están en la calle, por así decirlo. Aquel que espera ser alcanzado por manchas migratorias, no lleva más dinero, objetos de valor y atracción que aquellos de los que está dispuesto a prescindir. Los otros, los que lo toman, emprenden la retirada, al amparo de las manchas. Buscan el botín, no la propiedad. Los objetos apresados se convierten en insignias de la horda, apuestas en el juego y en las peleas de los navajeros, resbaladizos fetiches destinados a ampliar el alcance del sentido táctil, moneda para el tráfico de drogas y abono de tierras fronterizas.

En la «noche de los animales», incluso en las avenidas y en los centros de compras los signos se vuelven ilegibles. A lo largo de cientos de metros se abren con estruendo las rejas protectoras. Armados de carros y mochilas enjambran los clanes de los «buitres», las «ratas» y los «lobos», y llevan el vacío a los escaparates y almacenes.

La policía municipal sabe muy bien que esta ciudad no es suya, e incluso aquellos guardias que pretenden ahuyentar prematuramente las sombras de los objetos desgajados, no pueden hacer más que imponer el lenguaje simbólico de la violencia. Pero las hordas no cazan para saquear: saquean para estar cazando.

Al mismo tiempo la estepa, la no-ciudad está devorando la megalópolis. La existencia de viviendas repartibles, arrendables y clausurables de barrios enteros se ve expuesta a una descomposición voraz. Las direcciones se desvanecen. Los propietarios abandonan los bloques de viviendas como si de coches defectuosos llenos de pasajeros se tratase; y a los inquilinos desahuciados los reemplazan nuevas poblaciones que no pagan y se apiñan y se pierden en las toperas de los *slums*. La ilocalización reptante por los patios (en un espacio de dos o tres meses, manzanas enteras desaparecen bajo su prolifera frondosidad), se hunde un edificio tras otro y abre anchas brechas en los renglones de las calles.

Así se multiplican los lugares de residencia. Las prolíficas familias de inmigrantes, entre las que reclutan sus miembros las bandas, se dispersan detrás de las puertas tapiadas de las casas y una docena más de improvisados accesos y salidas, en cuevas y laberintos por debajo y por encima del suelo. En lugar de vías públicas hay veredas, trincheras y pasadizos que atraviesan las montañas de escombros y la estepa cubierta de ruinas: corredores cavados por nómadas que no buscan la lejanía sino el ahuecamiento (la borradura de las fronteras), y que se conchaban rezumándose en una cercanía exótica, puesta al descubierto en los bombardeos del vacío. Su terrorismo demolidor es menos una lucha que un esfuerzo de impedir y de hacer incomprensible... mientras al mismo tiempo/en otro tiempo las viviendas urbanas vuelven una y otra vez a desgastar su íntima «transfuncionalidad» que se les restituye cada vez en el acto mismo del desgaste.

La concupiscencia del fuego provocado parece convertir a los incendiarios en sujetos del aniquilamiento del espacio. Lo que esparce la gasolina y rasca la cerrilla parece una especie de impaciencia furiosa: la consunción apresurada se adelanta al reptil decaimiento –y a toda revisión de los planes urbanísticos– y cauteriza los rastros que la caries hasta ahora sólo podía hacer palidecer. Mientras que el abandono sigue vaciando y vaciando –gruñidos de hambre–, el fuego devora y apacienta la avidez. Esta avidez, al igual que el fuego mismo, saca nuevas fuerzas de su satisfacción. De una máquina de viviendas en llamas la chispa salta a otra, de un barrio a otros lejanos.

La identificabilidad del autor y de los objetos del delito parecen brindar la esperanza de reducir el terror infernal a cálculos y patologías individuales. Los objetos siniestrados suelen ser la propia vivienda u otras posesiones del propio autor del siniestro: el incendio es el quemadero en cuyas llamas se inmola su existencia. Pero ¿no es la propia configuración de los deseos una red inflamable de cicatrices que atraviesan el término municipal? ¿No es ella misma el *ghetto*?

Por encargo de especuladores o propietarios que los remuneran con una participación en la prima del seguro, corruptos agentes de las compañías aseguradoras, bomberos, bandidos y niños de los *slums* pegan fuego a los resechos edificios. Parados que viven de la Seguridad Social queman sus viviendas y cobran pingües indemnizaciones. Internados en los *slums*, incendian el techo sobre su cabeza y abrasan aquello que los clasifica. Un «derribo caliente» elimina la competencia. Las fuerzas de orden público deshojan la jungla de los *slums*, creando alrededor del centro urbano un campo abierto al alcance de sus armas de fuego. «No lo dejaron entrar... y él quemó la casa»... Mil móviles diferentes se complementan y se debaten en las llamas.

No es la chispa del motivo la que luce en las llamaradas del incendio. Es un monstruo insaciable que agita los brazos entre las llamas, un ogro taumaturgo que hermana a los mirones incendiarios que lo han invocado. Sólo ante la visión del incendio voraz se apodera de los desesperados un hambre de vacío, hambre de un lugar comunitario. El fuego derrumba los bultos edificatorios, abriendo camino al cuerpo del clan, y vence el horror del vacío que acongoja a los habitantes del *slum* que luchan bajo el signo de la ESCASEZ urbana por la supervivencia. No se trata de una protesta ardiente contra la prepotencia de la administración pública, sino de la fiesta fundacional de la tribu: destellos que presagian venideras hazañas colectivas.

Estas llamas, y solamente ellas, abren una brecha en la arquitectura de la reclusión y de la exclusión, de la vigilancia y de la jerarquización. Únicamente la erupción de un lugar no localizable borra las marcas que conectan el *ghetto* colonizado —como todos los puntos de la ciudad— con los filtros «centrales» de la normalización: el abastecimiento y la asistencia clasificadora, el escenario del rendimiento remunerado con fuerza adquisitiva, la distribución del espacio habitable, las tecnologías de la protección, de la enseñanza y de la estigmatización.

Los cascudos guerreros del cuerpo de bomberos acuden para garantizar que la yesca habitable no pierda las señas; y chocan contra el odio de aquellos para quienes exponen sus vidas entre las llamas. Encuentran las bocas de riego atascadas; los habitantes del *ghetto* arremeten chillando contra los guerreros que se afanan servicialmente para salvarlos. Los atacan por la espalda, los apalean, los bombardean con piedras y basura y les rajan las mangueras a navajazos. Noticias de nuevos incendios, imposibles ya de combatir, llegan al escenario de la batalla y convierten el heroísmo en una obstinación absurda. El clan no lucha contra los bomberos. Sólo quiere que las llamas sigan ardiendo.

Al compás de las cifras de incendios provocados, el número de falsas alarmas sobrepasa todos los límites: en Nueva York creció entre 1970 y 1979 de 37.000 a 249.000 por año. Las falsas alarmas salvan muchos incendios de la prueba de agua, jactándose con la noticia: hay fuego en todas partes. La ciudad entera está en llamas.

BLACKOUT

La gran ciudad no es cuestión del Saber. No está delimitada respecto a otras cosas. Tampoco es un modelo a escala reducida de una Totalidad social; y si podemos definir lo urbano como un fenómeno de intensificación, o sea, como una aceleración de las funciones circulatorias (y de la circulación entre las funciones), entonces es que lo urbano impregna igualmente todas las zonas rurales, el espacio aéreo y las aguas.

El hecho de que el desgaste y las subvenciones se confundan a un ritmo permanentemente acelerado, no crea, por tanto, ningún sistema de la Ciudad ni de la urbanización.

Sin embargo estoy hablando, sin más ni más, de «la ciudad»: de un orden momentáneo, ligado a determinados proyectos, sumergido en el bullicio de las diversas tecnologías de la normalización e insertado en el encasillado de los diversos espacios reguladores; órdenes éstos en cuya construcción participan también cada vez los *análisis* de la Ciudad.

Pero, ¿qué es lo que nos permite suponer que estos órdenes tienen algún denominador común? ¿Qué clase de verificación —o de densificación— nos conduce a la Ciudad, y de qué manera se graba la densificación urbana (en) sus contornos?

Todo este barajar violento de formas de circulación asincrónicas y dispersas aglomeraciones de poblados amontonados, revueltos y redistribuidos, desemboca en una cronología vaciadora, en un cálculo acabado donde las cosas envejecen sin tener pasado ni futuro ni presente. Esta cronología no tiene ningún «en otra parte». La Ciudad no tiene ningún punto de referencia externo. Uno tras otro, los mitos de la Ciudad-jungla de las aventuras, del crisol integrador y del anonimato emancipador pasan al repertorio de las antiguallas.

Lo único que garantiza el funcionamiento de la ciudad en cuanto organismo estructurado son las densas redes de abastecimiento y el ubicuo orden de la circulación, cuya economía distributiva persigue la idea de la Ciudad, el integral inalcanzable, la forma potencial que surge del vaciamiento.

La Ciudad, en cuanto concentración de servicios, se sitúa en el horizonte de la seguridad y del derrumbe. Esto no deja de tener su importancia para su autoverificación. La proyección colectiva del condensado *espacio* total de la ciudad, o sea, la proyección del centro vital y de las pendientes que se inclinan hacia la contaminada periferia, nace de unos reflejos concentradores que se reflejan los unos en los otros, postergando a la velocidad de la luz la cuestión del punto de referencia. La Ciudad se repite, en el retrovisor de la proyección, como *un panorama cargado de electricidad*.

Este perfil vigoroso y resplandeciente se ve confirmado en la ficción de un «afue-

ra», de un punto exterior desde el cual se hace visible el Todo: finge el «ojo celestial» del espectador que, cual demiurgo divino, transforma el hormigueo en Totalidad, creando así la Ciudad. El centelleo celular de los rascacielos, del neón y de la publicidad luminosa es algo más que publicidad, algo más que el charol debajo del cual se hiciera visible la cruda realidad: es la imagen de cuyo derrame se alimenta la Ciudad.

Cuando la red de suministro eléctrico pone su vulnerabilidad a prueba, bajo el fuego graneado del azar, la Ciudad empieza a echar chispas, se retuerce en extrañas convulsiones, se pierde de vista a sí misma. Y al final desaparece. En medio de la Ciudad perdida, los almacenes mnemónicos de los desguazados espacios funcionales siguen imitando la circulación urbana y flotando a la deriva se dispersan. Los ascendentes que por casualidad han parado en los ascensores, caen en la Nada de la cabina. Las oficinas en donde los náufragos están cenando a la luz de velas, se sumergen en las entrañas de la tierra. La calle de los que callejean y de los que corren, acaba conduciendo a un terreno sin camino. «¡Ay del camino que se gira hacia atrás para mirar fijamente la cara del caminante!».

Pero puede ocurrir igualmente en pleno mediodía que se rompan los espejos de la Ciudad, de tal modo que las concurridas plazas se vean arrojadas a la soledad; los empleados que están tomando el bocadillo empiezan a gesticular como si se hallasen separados por vidrios de cristal opalino, y los *subways* ya no vuelven a parar. La noche invade el mediodía cuando se hunde algún lugar desgastado, mientras los lugares colindantes buscan arrimo en combinaciones entreveradas y abruptas, y no encuentran el principio.

El tejido de los suministros energéticos se halla enredado en sofisticados sistemas de prevención, con cuyo creciente perfeccionamiento se alarga la sombra del apagón. Cada ensayo para el estado de emergencia proyecta un resplandor fulgurante sobre una de las formas del peligro, y le da un nombre: densidad excesiva de las redes de suministro, tempestades, un rayo que cae en un cable de alta tensión, sabotaje, exceso de carga, fallos humanos, contaminación, inundaciones... Cada colapso es un ensayo para el porvenir. Cuantas más figuras estén expuestas a la luz, tanto más impenetrable se hace la sombra, tanto más inesperado sobreviene el próximo golpe, tanto mas vulnerable se hace la proyección de la Ciudad que tiembla en la luz susurrante del mediodía.

Como la amenaza es imperceptible, el cortocircuito perceptible se convierte en objeto de un nuevo género de humor consolador. Los reportajes de los medios de información se mofan insensatamente de aquella creencia según la cual la CATÁSTROFE tendría algo que ver con el hombre:

El día 9 de noviembre de 1965, a las 17 horas y 28 minutos, Jay Hounsell, un chico de once años, golpeó con un palo un farol. En el mismo instante se apagaron las luces en toda la ciudad de Nueva York. El chiquillo se refugió llorando en el regazo de su madre, sollozando: «¡No lo volveré a hacer nunca más!». En las cercanías

del Hotel Hilton de Nueva York, un ama de casa estaba intentando reparar un enchufe eléctrico cuando de repente toda Manhattan quedó sumergida en la oscuridad. La mujer balbuceó, desconcertada: «¡Dios mío ¿Qué he hecho?».

Entre la pulida y brillante Ciudad y la Edad de Piedra invocada como fantasma del máximo grado de escasez, no medía más que aquello que ha quedado enterrado debajo del suelo del decorado urbano: la red subterránea de los cables telefónicos y eléctricos, las cañerías de agua y gas, los desagüederos y las alcantarillas donde las ratas parodian al millonario pueblo de la *city*. Más allá de la Seguridad y la carencia de servicios, aguarda en el fondo del panorama callejero el mediodía nocturno, sosegado tiempo de vida de un lugar no reflejado, agujero en medio del tiempo servicial.

OCUPACIÓN

La vigorosa proyección urbanística requiere una población urbana. Cualquier terreno puede convertirse en estímulo que invoca su presencia: las preferencias que rigen la distribución de los edificios en los centros administrativos, hablan del proyecto de encuadrar a *todos* los participantes en la Ciudad; las zonas peatonales brindan una representación de la pirámide demográfica entera; las rigurosas soluciones a los problemas de tráfico aspiran y expiran cinco veces por semana una multitud trabajadora y moradora, medida y calculada en términos medios; y los paisajes interioristas insinúan una tensión vigorizadora entre lo particular y lo general.

Pero, ¿es que aparece alguna vez la población misma, entera o representada, como mediación o como media estadística?

Aparte de la policía y las ciencias sociales, figuran también los servicios públicos entre las instancias encargadas de elaborar la Población. Y no es que inventen una población ideal según un esquema preestablecido: sus instrumentos distributivo-creativos no se plasman sino en las propias zonas de intervención que gracias a ellos se descubren: y es en el transcurso de este proceso que se decide *qué es* «Población».

La Población fabricada, explorada y controlada se forma y se estructura en proporción a la progresiva afinación de los medios de penetración: *work in progress*. La Población nace hoy en día del vasto alcance operativo de un Saber que está en todas partes a la vez (comunicación de masas), de la adjudicación a todas las situaciones posibles de las etiquetas de «salud» y «enfermedad» (administración de la higiene), de una jerarquización ubicua y unitaria (asignación de salarios y cultura) y de la segregación de enemigos de la Población (asistencia policial y control de datos).

Pero aparte de todo esto, se crean continuamente situaciones en las que se exige a la población que reaccione, que conteste, que decida, actúe o se confiese; en

suma: que sea *comunidad*. El instinto de Población, acondicionado hasta el punto de convertirse en organismo, es presentado como un sujeto que disfruta de una inquebrantable certeza acerca de su propia existencia. La fabricación es aquí al mismo tiempo el simulacro de la población, imitación de lo orgánico social. En este proceso, los servicios públicos se amoldan a los patrones de unas disposiciones ya caducas: la percepción sobreexcitada reduce todos los temas a intereses privados (simulacro de lo público); la programación de los recursos vitales se presenta como demanda dirigida a la Madre Naturaleza («salud»); los individuos se ven colocados en la competencia de escasas expectativas de vida («enseñanza» y «rendimiento»), y las reediciones subvencionadas de ciertas declaraciones de guerra ya familiares («amenaza») producen los enemigos mortales de la comunidad de los sobrevivientes.

Las infraestructuras urbanas son pretextos permanentes y cambiantes para la entrada en escena de la comunidad, para el acontecimiento de la Población. Pero aquello que rompe el silencio no es más que el motivo de la reunión. Habla el acontecimiento, el acontecimiento permanente, en los auditorios y delante de los semáforos, en los supermercados y entre las propias cuatro paredes, y en las esferas neutralizadas, acopladas a unos servicios específicos de enlace y segregación que acompañan el consumo de distancias, de temas, estímulos, memoria y objetos de uso cotidiano.

La población del *mall*, del gigantesco centro de compras norteamericano, es la población del deambular sonámbulo, de los deseos sin motivo y del rango social medio; una población más numerosa que la de ningún otro lugar de ocio. Aunque sea cierto que dicha población nace, como tal, de los controles que se realizan en la entrada del recinto, la separa ya en ese mismo instante una inmensa lejanía de la población exterior: alejada del ruido, la angostura, la identificación obligatoria, la mugrienta cercanía y el enemigo que acecha en la oscuridad.

En el bien temperado e impermeable ambiente de feria de ese «otro planeta» la percepción y la fuerza adquisitiva son refinamientos cuyas armas crecen al ritmo de una carrera armamentística que se acelera de hora en hora: armadas de dispositivos sensoriales cuyos movimientos de agarre encajan los unos con los otros y se pierden en el vacío.

En las casas particulares, en cambio, se cultiva una población del saneamiento y del padecimiento hogareños; una población del consumo de lo público. Esta población es mantenida como constante estadística para la planificación de un mercadeo a largo plazo, y se renueva al compás del vaciamiento y de la evacuación: desgaste, recogida de basuras, canalización, olvido. La comunicación por correo, teléfono y medios de información centrales asegura el acoplamiento de los servicios de control (bancos de datos a la esfera privada) y, con ello, la identidad de la población moradora.

Al margen de las ciudades poblaciones domiciliadas y oficiosas se extiende el rei-

no de los muertos. Dicen que la metrópolis fue construida encima de ese reino atemporal y multiplano. Pero el modo en que la Población urbana elude su entrada en escena, es algo completamente diferente de la manera cómo la población muerta se sustrae a la demografía y a la observación participante.

Hay que recurrir a la categoría de los muertos vivientes para comprender aquella tradición: que los habitantes de la Ciudad no son los descendientes de quienes vivían antes, pero sí los descendientes de los muertos. También los muertos son los descendientes de los habitantes de la Ciudad, y lo disimulan. En lugar de aprovechar el terreno cercado de muros que les ha sido asignado, escarban el otro lado de ese suelo.

Sus comunidades son sedentarias, pero el lugar no es un pretexto. Entre ellos arden en porfiada enemistad. Pero esta enemistad es extrañeza: no es la sombra que proyecta un orden compartido. Hablan sin pausa, pero el parasitario tráfigo historiográfico de la supervivencia traduce en silencio de muertos su taimado saber de habitantes de fronteras, saber que se escabulle a través del tiempo escaso.

Fuera de su reino, los muertos son la basura de la civilización, abandonada en todas partes al ritmo que se multiplican las huelgas de enterradores. En las cámaras frigoríficas se apila una población todavía visible, pero imposible ya de oír.

En los patios y las calles fronterizas, la basura que la gente arroja por las ventanas entierra bajo sí otra ciudad. Aquellas fincas cuyo desescoriamiento ya no incumbe a nadie, se desprenden de la órbita urbana y caen en el paisaje lunar de sus propios desperdicios, bajo el humo de los fuegos de gasolina estancado en el aire, negruzco y espeso como excrementos. Los vertederos de basura, con sus contenedores de plástico, latas, botellas, pútridas sobras alimenticias y viejos colchones, no preocupan ni a los funcionarios de correos, ni a la policía, ni a los asistentes sociales: los vertederos no constituyen barreras locales. Debajo de la basura y de los escombros yacen cables telefónicos defectuosos y abandonados; las inmóviles casas quedan inaccesibles.

Las antenas televisivas desaparecen de los tejados: el que convive con sus desperdicios pierde todo contacto con el intercambio periódico de la actualidad. (Atemporales hojas de periódicos giran como cometas de papel sobre las montañas de chatarra.)

Las escuelas se despueblan, ya que la diferenciación y la ocupación de las edades (que siguen avanzando sobre la Ciudad del Tiempo escaso) son reemplazadas en los *turfs* por otra clase de ocupaciones, como pueden ser, por ejemplo, la ocupación de las comisuras de los labios por la astucia y el disimulo.

El hedor de excrementos anuncia el colapso de la circulación, y en la medida en que el peligro de epidemias se cierne sobre los barrios y las ratas van adquirien-

do derechos de ciudadanía, los médicos abandonan las zonas atrasadas y los hospitales cierran.

Sobre los montones de escorias abonados con basura de tiempo, de donde la Población urbana ha sido evacuada, vagan las hordas de una población que ha perdido el compás; salen a la luz y hablan sin declarar nada.

Los grupos vagantes nacen en una cadena de acontecimientos escondidos, como si hubiesen caído de la Tierra a la Luna. Pero esos destinos cambian al azar su sucesión en el tiempo y su entorno: el acontecimiento se divide, procrea y se mezcla con aquello que sucede «después». La cadena de acontecimientos (la comunidad) se comunica sin cesar; pero este mensaje no llega a más de un solo lector u oyente (colectivo), que no puede transmitirlo, a su vez, a más de uno.

El clan estructura su cronología topológica y amojona su territorio por medio de una motricidad ritualizada (el llamado «lenguaje de la violencia»). En los recovecos de las correrías, en el laberinto de caminos trenzados que marcan las líneas de conexión entre las pintadas que cubren las fachadas de las casas y de los cuerpos, y en la arquitectura jerárquica del clan, se perfila aquello que se entiende por Salud, Saber, Identidad, Comunidad, Enemistad... o bien todo eso se ha evaporado cuando el clan se mueve por otros terrenos.

ACTIVIDAD

—¿Cómo se puede vivir de la holgazanería?

—Llevamos ropa estrecha y nos movemos todo el rato. El Jefe de nuestra tribu tiene la medicina más fuerte que hay. Suelo escuchar música: la oigo muchas veces, incluso cuando los demás no oyen nada. Y tengo un perro que sabe oler los días. Cuando mi perro lloriquea por la mañana, me piro.

—Supersticiones. Vives de las limosnas de la Seguridad Social.

—Voy cada lunes a llevarme mi paga. Pero durante todo el resto de la semana no tengo nada que ver con ellos.

—Sin ese dinero y sin vuestros robos te morirías de hambre, y para nada te servirían tu gesticular y tus carantoñas.

—Tengo dinero porque como. Si no comiera... Vivo porque me peino. Impido mi muerte a cada instante, y no sólo los lunes. Voy regularmente a la oficina de empleo, pero hago también otras cosas con regularidad de las que yo no sé nada: no pongo mucho cuidado en observarme. Pero si hago estas cosas, no es para impedir mi muerte. Si no existiese la Seguridad Social se me ocurrirían otras cosas, o sea que me dan y me quitan. Si te preocupas por el dinero, el dinero siempre te falta.

—Pero ¿qué pasaría si nadie crease valores?

—Si nadie quiere crear valores, entonces es que otras cosas que los valores son valiosas para nosotros. Tal vez hayamos llegado ya a este punto.

Ya no son los recursos los que limitan los márgenes de decisión. Son las decisiones las que crean los recursos. (Nadie toma decisiones.) Una economía del robo, del robo que procrea. Una economía del disimulo. Una economía del azar bajo el sol abrasador del mediodía.

—Tu truco es que lo relativizas todo. Abre los ojos: estamos viviendo en este sistema (despiadado). Aquí o haces un trabajo productivo, o bien estás viviendo de los demás.

—¿Estás tan seguro de eso? Yo no he inventado el relativizar. Por lo demás, eres tú quien estás relativizando cuando me preguntas qué pasaría si todo el mundo viviera como yo.

—O sea que pasas de todo...

—No. Relativizo.

McLuhan dice en alguna de sus obras: si existiese realmente alguna relación proporcional entre la productividad del trabajo y la remuneración, las mujeres embarazadas y los niños que están aprendiendo a hablar deberían pertenecer a las categorías mejor retribuidas de la sociedad. La mayoría de las actividades altamente productivas se realizan gratis. Pero McLuhan sigue aferrándose a un criterio objetivo de la productividad del trabajo, sin tener en cuenta las inestimables contribuciones que aportan a nuestra economía política los delincuentes profesionales, los soñadores y jugadores, los destructores de sentidos, los promotores de reformas sociales, los enfermos, los militares, los muertos en apariencia y muchos otros.

Al mismo tiempo que numerosos oficios desaparecen, determinados papeles y determinadas pasiones se inmiscuyen en el controladísimo cajón de sastre de las actividades directamente remuneradas, anunciando el nacimiento de nuevas (viejas) profesiones: reconciliadores, expertos en ahorro de energía y de vida, cuentistas, frustradoras de carreras, dobles para ocupantes de cargos públicos y sostenedores de opiniones. El (des)-cualificador mecanismo mercantil funciona como una forma de regateo, comparable a la diplomacia de un animador televisivo que negocia con el público la evaluación por puntos de los candidatos al juego.

En la ciudad de Nueva York, más del 30% de la población viven como clientes de la asistencia pública: con lo cual los contribuyentes que «dan» se sienten engañados y los que «reciben», sobornados. Un número creciente de personas provenientes de diversas capas sociales desertan del servicio laboral, se niegan

a aceptar los puestos de trabajo que les son ofrecidos, y exigen una remuneración por el no-trabajo. Estas personas se retiran del ejército industrial de reserva: no pueden ser utilizadas para ejercer una presión a la baja sobre los salarios. El área del no-trabajo remunerado, en expansión desde hace varias décadas, se ensambla con la industria del crimen organizado, cuyas ramas «improductivas» (juegos de azar, droga, «protección» y prostitución) dan empleo a más del 5% de la población, y con el Nirvana alquiladizo de la heroína, cuyos internados se agencian con la navaja, la ganzúa y la prostitución sus dosis diarias equivalentes a un valor mínimo de 50 dólares.

El que la administración del tiempo de trabajo se «permita» mantener a una parte de la población en un estado de desempleo permanente, no atestigua la supuesta generosidad superabundante que brota de una gestión particularmente lograda de los capitales, ni un alto grado de *resistividad* de la «red asistencial». La función del desempleo que se exhibe hoy en día es la de marcar una diferencia con respecto al trabajo, demarcando, con ello, el trabajo como tal, al reducir su permeabilidad hacia el no-trabajo. Así se inculca a la gente: donde hay un salario, hay trabajo.

La disciplinaria distinción entre asalariados y reservistas industriales se ve reemplazada por la reconstrucción (demarcación y cultivo) de un nuevo campo de la productividad «viva». Entre las medidas correspondientes a este campo figuran: el culto a la presencia en el lugar de trabajo; la ornamentación interna de la empresa; programas de acompañamiento del trabajo; la «intensificación» de la economía del tiempo; la colocación de señales en las vías de acceso; la transformación de los sindicatos en gremios corporativos, y un incremento de la responsabilidad individual en caso de desempleo.

Al mismo tiempo, la fuga de las inversiones coloca determinadas zonas céntricas de las metrópolis en diversos niveles de subdesarrollo: una reanimación de las campañas pro crecimiento.

Los importes de la Seguridad Social no son ayudas. Son un salario miserable por una función que contribuye a recuperar la seriedad del trabajo. Son una recompensa miserable por la exhibición pública de un castigo del que las prestaciones asistenciales forman parte. Se ofrece la perspectiva de la huelga de parados: queremos más dinero, o ya no aceptaremos nada de vosotros.

Al reivindicar un salario por el no-trabajo, declarando que no piensan aceptar ningún empleo que se les ofrezca, los forajidos de las zonas hiperdesarrolladas no sólo abandonan la subvencionada dicotomía entre trabajo y desempleo, sino también la institución establecida de una vida basada en la *re-producción*. No es que sustituyan los valores de uso dominantes por otros alternativos, sino que se alejan del nexo significativo entre actividad y salario, entre atraco callejero y adquisición de heroína, entre apuesta y presupuesto para la vida cotidiana, entre atentado y honorario.

Se descarrían de la trocha repisada que lleva de una acción-medio a una acción-fin en la cual la primera está destinada a consumirse y extinguirse. Sus errancias, sus precarias colocaciones y producciones, sus conjuros y sus repeticiones, su culto al poder y su pánico, no se conjuntan en una geometría del Bien Supremo (la supervivencia), sino en una plástica construcción de paisajes, acompañamiento de migraciones de pueblos enteros y nuevas invasiones bárbaras.

ESTADO DE SITIO

Sobre las calles pesa el silencio que precede al combate. Pero ese silencio es el vértigo en donde se acosan las fachadas lugareñas, desvestidas y otra vez arrumadas a montones, hacia lo alto, hasta formar acontecimiento. Los participantes del tránsito flotan entre los bastidores que aguardan ataques repentinos; y es su ansia de eludir el combate que se cierne sobre ellos –o mejor dicho: su ansia de tener algo que oponer a las exterminadoras interpretaciones dispuestas para dicho combate– la que los impulsa, con precipitación desesperada, a echar mano al arma. No les queda otro remedio. No existe ninguna prueba de que están conduciendo sus vehículos por este paraje, ni hace falta prueba alguna, pero se obligan a comprobar que son ellos quienes conducen aquello, y que es este sitio el que sus ruedas están triturando.

«Ajustemos, pues, las cuentas». En la concurrencia de las candidaturas a realidad, no se imponen sino las actuaciones características de la lucha por la supervivencia: choque, tiroteo, dolor. Todo amenguamiento despierta la pasión del suceso, el afán de adelantarse a la evaporación: aquí y ahora, para que exista un aquí-y-ahora. El suceso, la violencia que por fin prorrumpe, es la lejía que corroe, por un instante, la normal descomposición, y acelera sin tregua esa mengua maniática: la tisis urbana.

De noche, la policía y las unidades especiales se retiran a sus bases, mientras los francotiradores salen de sus madrigueras y se dispersan sobre los tejados para disparar indiscriminadamente sobre los tenebrosos barrancos de las calles. Recordando otra guerra, los ejércitos de la Ciudad del Día y de la Ciudad de la Noche se separan para volver cada vez a hincar los colmillos en la carne del adversario. Ambos ejércitos tienen sus insignias, sus tradiciones y sus desfiles, y puede ocurrir que los dos se crucen en el camino, blasfemando y pegando tiros al aire, con los dedos abiertos formando el obsceno signo de la «V», antes de dispersarse, al alcance visual de la *city*, en combate cuerpo a cuerpo.

Los ejecutores de la fuerza legal enriquecen su actuación formal con ciertos rasgos de la acción irregular, y coquetean con la confesión de que ellos tampoco son más que otra banda merodeadora entre muchas: tíos de contoneante andar, dentaduras molientes, aires de supermacho y ceremoniosa brutalidad. Después de haber hablado, intercalan una pausa efectista... Silencio sobre la ciudad, y a cada instante nacerán diez mil piojosos recién incubados, armados con navajas, cadenas y adoquines, lanzándose al asalto de la Ciudad...

Y las bandas de cazadores de hombres vagan de día y de noche por las estaciones del metro y los bosques de piedra, acechando las caras que se asemejan a las caras de su gente. Grupos capaces de hacer cualquier cosa para incrementar su fuerza numérica... Idénticos con su fervoroso número, siguen pacientemente los pasos de los cuerpos gemelos, los enredan, les hacen olvidar la vida (incluso cuando se trata de neófitos muy mayores) y los educan en el seno de su horda.

Las brigadas de la policía también tienen sus cotos que defienden (y les sirven de base para sus incursiones en los cotos²) de los otros. Las patrullas sirven de blanco de tiro a las bandas cuya integridad territorial ellas violan. A veces las escaramuzas se propagan como incendios, y las *gangs* de la ciudad tratan de ensanchar sus fronteras, adelantándolas hacia el interior del territorio enemigo. Los dos bandos, siempre al acecho, saben lo que es una guerra civil. Tan pronto como el estado lastimoso de los temperamentos da la señal para el inicio de las hostilidades, la batalla avanza liberando calle tras calle; desde todas partes acuden los vehículos cargados de aulladora desventura ante las barreras incendiadas, y la Ciudad resplandece en el ardor de una credibilidad que por poco habría caído ya en el olvido. El desgarró que tanto lamentan los medios de comunicación, restaura el agujereado telón total de la Ciudad sumida en la guerra civil.

Las calles bombardeadas son nostalgias de guerra, ya que las tramoyas allanadas regulan de por sí la batalla callejera. Las rampas neutralizadas de administración y transportes se hallan entretrojadas con dispositivos de protección y ataque. Cajas y equipos de seguridad identifican los grandes almacenes-bunkers como objetivos de ataque, y las defensas antitanques estancan y canalizan el vandalismo de las poblaciones invocadas. Las cámaras escondidas en los cruces de las calles transmiten al Estado Mayor los movimientos de fuga de las masas que desbordan. Entre el espacio-caja fuerte del centro y los suburbios se extienden unos descampados idóneos para levantar barreras de fuego, equipados con vías de acceso, parkings y edificios administrativos.

Cada uno de los acontecimientos-lugares está en guerra para extraer su reconocimiento de los ataques que logra provocar, para henchirse de sus movimientos de defensa. Gracias a las marcas distintivas, todos los lugares se convierten en ghettos, cortejando, a la vez, a la Red Central circulatoria, ansiosos de acoplarse con ella en conexión directa. Ese singularizar y galantear es la lucha de todos contra todos.

En su cualidad de miembros de la imagen proyectada de la Ciudad, los lugares iluminados se combaten los unos a los otros bajo las miradas de la percepción comunitaria. Espejos ustorios en llamas, altaneras sucursales con publicidad luminosa, escapates maquillados, aterrorizadores castillos de administraciones y tribunales, arcas centelleantes, fachadas ennegrecidas, concurrencia del crecimiento y piedras

¹ Juego de palabras intraducible: alem.: *Revier*, coto, distrito, y por extensión comisaría (de distrito) (N. T.).

alisadas: ghettos inclusivos y exclusivos que se extrañan los unos a los otros. Y, sin embargo, las fachadas son medios de comunicación de masas que emiten todas las mismas señales, pues todos compiten por la distribución de la atención pública.

En medio de la pedrea de la *city* monumental, el huracán grupo (cuyos integrantes no se miran nunca a los ojos) olfatea los rudimentos de un pedrisco lunar, y le instila el NOMBRE. El NOMBRE es su territorio. Su emergencia es un acontecimiento-negativo desgajado que cautiva por su imagen a la plantilla sobrecogida en un despiste instantáneo. Y las plantillas desgajadas se conjuran a fin de hacer inaccesible la Ciudad, ponerla patas arriba, de tal modo que la ciudad de las ratas (hilvanado de cables desgarrados) queda por arriba, desencadenando una tempestad de espejos.

Las nuevas minorías son protestas en la pantalla urbana, denuncias y luchas sociales unificadas. Pero su forma de propulsión es «la retirada de las razas y de las clases de la comunidad a las minorías convencionales». La «Gran Dispersión» en subculturas, agrupaciones por estilos de vida, cotos cerrados y catacumbas de la toxicomanía, es una expedición de rapiña a través del fondo de los sedimentos étnicos. Muchedumbres ataviadas, minorías coloradas y coloradas actividades en todas partes. El ghetto más prominente es la nueva comunidad de emergencia que perfila sus contornos en la autodefensa contra el enemigo interior. En cualquier esquina puede producirse el *intimate approach* de los Padres de la Patria y de la Ciudad, y el acontecimiento visionario del ATENTADO acompaña a casa a los despistados. Cualquier minoría puede alojarse en el ghetto comunitario, o aceptar la parte de la horda sitiadora.

El Poder en la Ciudad es un acoplamiento transitorio de inversiones minoritarias de capitales, una coalición fluctuante de fuerzas que comienzan a intrigar cuando barruntan algún vestigio de realidad (complejo económico-militar-estatal). Las respectivas coaliciones son egoístas en grado extremo: sólo el coqueteo con aquella solidaridad que nace de las situaciones de emergencia las hace capaces de coligar sus intereses. Y siempre parece que se lo juegan todo, porque si no, ¿a qué se jugaría?

Náufragos en el paisaje de cráteres de un planeta desconocido, parten en una expedición de reconocimiento del mundo, escucha más que inspección. Generaciones futuras han dejado grabaciones magnetofónicas y arpas eolias como trampas enigmáticas.

Velludos animales se asoman por las ventanas, pero resulta imposible determinar si se han percatado de la presencia de los naufragos. El lugar de aterrizaje y de partida ha quedado enterrado bajo los escombros.

Una vez deslindados los confines del campamento, queda desvelado el secreto del mundo nuevo: el territorio conquistado no forma ningún segmento. Está en todas partes, se transforma en cualquier sitio, en su vorágine absorbe cualquier intruso, cualquier proyectil, cualquier encuentro.

Los suscriptores de la comunidad se entrenan para la autodefensa. Se parapetan en confortables reductos para defenderse contra la «jungla» en donde se apiñan los sitiadores, en la mitad de espacio y con doble densidad de población. Patrullas ciudadanas y policías particulares recechan por el coto que los pioneros abandonan de vez en cuando en sus limusinas climatizadas (micro-ghettos con óptima velocidad de fuga).

Como el aparato central de la Ciudad ha claudicado ante la proliferación de los males, las corporaciones de cuadras cultivan por la vía de la acción directa y autofinanciada el espíritu pionero de conjurados provincianos, unido a su propia electricidad y su propios males.

Se han reunido en nombre de su Nombre. Ladrando y aullando se convierten en un lobo... o en cualquier otro animal depredador. Vagan en derredor del aliento vital del transeúnte, enredándolo en una red invisible de sombras, viento, hediondez y hora oficial urbana: desgarran sus vestiduras hasta dejarlo desnudo, lo ceban con drogas y lo hacen huir. Luego localizan su casa, destruyen y roban sus posesiones y secuestran a sus familiares.

Cuando el Lobo vigoriza la fuerza de su intuición en la parranda, el coro de los secuestrados repite sin cesar unas pocas palabras: la primera frase que uno de ellos pronunció al llegar al escondrijo. Con las palabras de esta misma frase el animal totémico cubre las fachadas de vidrio que flanquean la pista de sus incursiones al centro urbano.

Las batallas callejeras enriquecen la planificación del tránsito. La autodestrucción de los ghettos en nombre de la autonomía y los derechos ciudadanos anima la «comunicación». Las tensiones entre las efímeras mayorías nacidas de alianzas transitorias y los grupos marginales, estimulan el despliegue del *crisis management*. En los espacios convertidos en ghettos y en los espacios funcionales se aglutinan pueblos sin espacio en cuyas luchas se perfila el unitario orden simbólico de la violencia que nace del concierto armonioso entre la imposición de seguridad al espacio y su destrucción.

Mientras que la *circulación* se desarrolla como *instancia reguladora de la disciplina de los lugares*, las *estrategias* de las comunidades urbanas crean *poblaciones a plazos limitados* bajo la forma de *proyectos de autodefensa*.

De la ensambladura de estas dos instancias reguladoras resulta la violencia urbana ritualizada, cuyas manifestaciones tratan de adelantarse cada vez a sus formas latentes. La violencia urbana es la forma de la lucha por la supervivencia, ejemplificada y emulada, de las poblaciones locales.

La población se sirve de gestos destinados a infundir miedo o respeto para atraer, en medio de la evaporación vertiginosa, a un adversario cuya presencia atestigüe lo menguante. El fragor del *combate* demuestra que hay algo por qué luchar.

La asignación de *territorios* (signos distintivos) garantiza la renovación y el reemplazo de los contingentes rivales; y cada intento de asegurarse lo conquistado acelera la descomposición interna.

Lugares desviados, errantes, alcanzados por habitantes que no procrean, habitados por signos que no distinguen nada, que se distinguen desmesuradamente. Lugares-espejo de dirección única que reflejan lo que hay en frente, pero sin ninguna imagen; lugares cuya mirada continuada desentierra la ciudad oculta.

Lugares de un tiempo doblado, escondido, lugares que no luchan por nada porque son lucha irrepitible: lucha oscura y líquida, lucha elegíaca y maniaca, lucha de animales y lucha de engaños, lucha de nombres y lucha de la séptima dirección.

F. Böckelmann
Kommunikationswissenschaftler
Coeditor de *Tumult*
Munich (Alemania)

RESUM

La catástrofe urbana es pot llegir com un text que oscil·la entre la «ciència» i la «ficció». Després de presentar-se a les primeres pàgines amb el ropatge terminològic d'un tractat de sociologia urbana, la catàstrofe de la que parla l'opuscle prové de l'horitzó apocalíptic, d'un «més enllà» del futur on l'han projectat el cinema i la mateixa ciència. Aquí la catàstrofe ja és entre nosaltres, forma part de l'ordre familiar i quotidià com «el dors buit de la ciutat», car «aquella pèrdua que volen conjurar les diverses visions que en tenim, *ja s'ha produït*».

ABSTRACT

The urban catastrophe can be interpreted as a text which oscillates between «science» and «fiction», following an introduction to the terminology of an urban sociological treatise, the catastrophe, of which the dusk speaks, originates in the apocalyptic horizon, beyond the future where cinema and science itself have been projected. Here the catastrophe is already among us, forming part of the family and daily order like «the empty back of the city», since «that loss which the various visions we share wish to call up, *has already occurred*».